

Notas sobre lo que no es el hombre

Juan Carlos Moreno Romo*

I

Substancia corpórea, animada, sensible, racional y mortal en la versión del aristotelismo medieval¹, o bien la manifestación más compleja de la materia organizada que tras la gran explosión y su colosal impulso inaugural, luego de tiempos indecibles, condujo a la formación de las galaxias, los soles y los planetas, la tierra y en ella el agua y las algas primitivas, y a la evolución y complejificación de la vida desde ese caldo primigenio hasta el mono que se puso de pie y prolongó en herramientas las posibilidades de su pulgar opuesto, y estimuló así sobre todo, al enfrentar nuevas y más complejas dificultades, el desarrollo de su corteza cerebral que se prolonga hoy en las computadoras, y en sus teclados que siguen dando empleo a los dedos...² animal racional o vibración cósmica, para las antropologías «científicas» el hombre es, si bien con ciertos privilegios, una cosa entre las cosas, un capítulo especial de la física antigua o postmoderna.

El hombre es pues un ser que científicamente se ignora a sí mismo, que se sale al patio de sí mismo y que de tanto mirar

* Profesor de filosofía en la Universidad Autónoma de Querétaro (México).

1 Cfr: el árbol de Porfirio, por ejemplo en el *Tractatus* de Pedro Hispano (UNAM, México, 1986, p. 21).

2 Cfr: Lyotard, Jean François, «Esquela para un nuevo decorado», en *La posmodernidad explicada a los niños*, Gedisa, Barcelona, 1992, pp. 95-100.

las plantas y las hormigas de su jardín termina convenciéndose de que él mismo no es otra cosa que tierra y humedad, y vegetación, y animalidad, y si acaso animalidad inteligente pero otra vez entendiendo por inteligencia una inteligencia que ha salido a su patio a verse como cálculo o taxonomía, o peor aun como función cerebral³.

«Meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hechos», como dice Husserl⁴; si nada hay en el entendimiento que no haya sido tomado de los sentidos es de temer que no podamos hablar sino de un «entendimiento paciente», y si la causa de todo es la explosión de la materia, por mucha complejidad que le atribuyamos a la tabla de los elementos y a los ensayos que para combinarlos se han llevado todo el tiempo del mundo, cuando mucho podremos hablar de las funciones más complejas de la muy compleja corteza cerebral.

II

Pero Aristóteles también dijo del hombre que es un animal político y nosotros, además de las naturales, tenemos nuestras respectivas ciencias sociales. El hombre es átomo de la célula familiar que compone tejidos que llamamos tribu, pueblo, *polis*, imperio, nación... fragmento de la «realidad social» que multiplicada por millones se encuentra hoy en día al parecer evolucionando hacia la construcción de un macroorganismo al que algunos han dado ya en llamar aldea o colmena global.

El hombre es madre, padre, hijo, hija también, ama de casa, campesino, banquero, patrón u obrero, amo o esclavo, burgués, noble, proletario, poeta de derecha o de izquierda, en fin, aquello que juega un papel en la familia y en la división del trabajo; el hombre instituye y derroca hermandades e imperios,

3 Cfr. nuestro trabajo «Descartes mirador de la filosofía», en nuestra compilación *Descartes vivo*, Anthropos, Barcelona, 2007.

4 Cfr. *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Crítica, Barcelona, 1991, p. 6.

las «realidades sociales» nacen, crecen, se desarrollan, reproducen y mueren mientras tragan y evacuan hombres que son sus componentes.

Desde Tirteo sabemos que un hombre se perpetúa, se prolonga en la patria, y en estos tiempos de globalización creciente en la sociedad planetaria, que por eso está muy preocupada por la salud del planeta, que ojalá se salve aunque uno se tenga que morir. Y si no, pues que sea cierto lo de la emigración de nuestra especie a otras estrellas y aun a otras galaxias, que Marte y la luna se vuelvan colonias, que existan naves autosuficientes, econaves o naves nodrizas, que nos redima esa nueva religión de los platillos voladores.

Superado el nacionalismo aquel de cuando niños, la *paideia* a la mexicana que recitábamos en la primaria con nuestros héroes muriendo por la patria, nuestra esperanza de pervivir bien puede fincarse de ahora en adelante en la especie toda, en un «viva la humanidad» que sustituya al «viva la patria», que en efecto es desde esta perspectiva quien al parecer de veras vive, independientemente de quién o de siquiera qué cosa sea.

¿Hay monstruo más inhumano que este Leviatán que se nutre de nuestros subhumanos despojos? ¿Y hay acaso espacio alguno más asfixiante que la llamada «realidad social»? También aquí el hombre se vive a sí mismo como cosa, precisamente como «animal social», como hormiguero. Los otros nos ayudan como nadie a nunca tener que vérnoslas con nosotros mismos, y la salvación del cosmos o la patria son precisamente un consuelo muy efectivo, una distracción que cumple cabalmente con su papel de ocultarnos el irresuelto o irresoluble problema de nuestra salvación personal.

III

Mas no desesperemos que también hay psicología; los hombres también somos personalidades, «aparatos psíquicos» o conductas; gestos que tomamos prestados de aquí y de allá,

o que ya venían en nuestros genes, impulsos ocultos y profundos administrados por un yo superficial, colecciones de condicionamientos...

La psicología moderna, para citar otra vez a Husserl, al parecer no puede ser sino dualista, es decir, objetivista. También para la psicología el hombre termina siendo una cosa, por más que se la oscurezca para volverla más interesante, o quién sabe para qué.

IV

Quizá tengan razón, por otro lado, quienes hoy día vuelven sus ojos al oriente y al misticismo del no yo o del yo profundo que no es ningún yo empírico, sino el Yo con mayúsculas que anula todos los yoes empíricos, y que él sí es feliz y perfecto, pero a mí la felicidad de ese señor me tiene sin cuidado si para participar de ella tengo que dejar de ser el yo que soy pues, como a don Miguel de Unamuno, tampoco a mí se me da la gana querer lo que no quiero, y lo que quiero no es perderme en ningún Todo sino encontrarme en alguna parte.

V

Y si, desde mi muy moderna y persistente rebeldía moderna, no me acabo de encontrar del todo en el teologismo de ese Karl Ranher que dicen que hace una antropología oficial, a partir de una conclusión y un permiso dados por un Papa, mucho menos me encuentro en el antiteologismo de un Jean-Paul Sartre —o ahora de un Michel Onfray— quienes, con igual o con mayor «dogmatismo», se escudan en su comfortable ateísmo de clase, o consensual.

Aunque a decir verdad en las batallas o debates de ateos y de cristianos ya no me desconozco, o ya no me siento ausente del todo.

VI

Con razón ha observado Martin Buber⁵ que la genuina antropología, la antropología filosófica, nace del descubrimiento o del desgarramiento. No es quien busca su lugar entre los vertebrados de sangre caliente, en el árbol de Porfirio o en el nuevo decorado cósmico quien hace la pregunta por el hombre, sino más bien aquel que con Pascal naufraga entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el que queda de pronto a la intemperie y se aterra ante el silencio eterno de los espacios infinitos que no son ya más unas esferas divinas que lo arrullen en su armonía, el que se sabe radicalmente ajeno a ese mundo cuya extensión lo comprende y lo aplasta pero a la vez con mayor dignidad, pues él lo sabe, que toda esa inmensa coseidad que lo oprime sin saberlo, en fin, el que hastiado de sí mismo y de los otros y de su jardín, no tiene más remedio que volver a sí mismo, que hacerse cargo de sí mismo (y desde ahí de los demás «sí mismos» en su verdadera profundidad personal).

El hombre es esa incierta criatura de un día que, encima de tener que morir, cobra conciencia de que es su destino hacerlo⁶, se hace cargo de su mortalidad, o de su finitud como dicen los postmodernos. «Cual la generación de las hojas se mudan los linajes humanos»⁷ y el hombre es así una oportunidad fugaz, una nada que tiene que cumplirse, un absurdo por redimir.

5 Cfr. *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, pp. 24 y ss.

6 Lo dijo ese excelente antropólogo que fue el Prometeo de Esquilo.

7 Cfr. *Iliada*, vi, 146. El verso español es de Alfonso Reyes: *Obras completas* xix, México, F.C.E., 1968.